



*Norbert Elias: legado y perspectivas,  
de Gustavo Leyva, Héctor Vera  
y Gina Zabudovsky, coords.\**

*Reseñado por Olga Sabido Ramos\*\**

En la sociología, como en toda ciencia, existen *outsiders* (los de afuera) e *insiders* (los de adentro). Al respecto quisiera referirme, a propósito de homenajes, a un escrito del recientemente extinto Robert Merton. Él señala que la estructuración del dominio cognoscitivo se constituye a partir de *insiders* y *outsiders*. El primero es aquel que tiene un acceso monopólico o privilegiado al conocimiento. El *outsider*, por su parte, no es el incompetente o el lego; más bien, la posición del *insider* respecto al *outsider* traza una relación asimétrica mucho más fundamental, a saber: “el de afuera”, por cuidadoso y talentoso que sea, está excluido en principio del acceso a la verdad social y cultural” (Merton, 1977: 165). Evidentemente, tal “verdad” es aquella establecida por los *insiders* como única y unívoca, aunque afortunadamente, cuestionable.

Fue el papel de *outsider* el que le tocó jugar a Norbert Elias durante gran parte de su vida. No es casual que, en 1977, cuando en la ciudad de Frankfurt se le concediera el premio Theodor W. Adorno, tras varios años de exilio, pronunciara en su discurso de agradecimiento que, recibir esta distinción significaba “la expresión de que mi trabajo ha encontrado también en Alemania un eco generoso. A los ochenta años regreso a mi casa, y me dan la bienvenida” (Elias, 1979). Pese a tal reconocimiento tardío, existe en la actualidad una revitalización de su obra, tanto en las ciencias sociales en general, como particularmente en la sociología, misma que se refleja en el volumen recientemente publicado *Norbert Elias: Legado y perspectivas*, que ahora nos ocupa.

\* Leyva, Gustavo, Héctor Vera y Gina Zabudovsky, coords., *Norbert Elias: Legado y perspectivas*, Universidad Iberoamericana-Puebla/Universidad Nacional Autónoma de México/Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México, 2002, 311 p.

\*\* Profesora de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México y de la Escuela Nacional de Estudios Profesionales-Acatlán.

El libro es una compilación de artículos que, de manera pedagógica, sistemática y profunda, atraviesan por la gran herencia del sociólogo alemán, donde, al mismo tiempo que proporcionan ejes de lectura y pautas de interpretación frente a esta vasta obra, invitan a la lectura, comparación, utilización, reflexión y crítica de tan prolijo autor.

Se inicia con una introducción que presenta cada uno de los artículos incluidos y sus principales contenidos; asimismo, agradece a aquellas instancias que fueron condición de posibilidad para otorgar al público este arduo trabajo. A continuación aparecen tres textos de especialistas alemanes en la obra de Elias, a saber, Reinhard Blomert, Hermann Korte y Dirk Käsler. Siguen a estos escritos algunas ponencias presentadas durante el coloquio "Homenaje a Norbert Elias (1897-1990) a diez años de su fallecimiento" en la Universidad Iberoamericana-Puebla, la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa y la Universidad Nacional Autónoma de México en septiembre de 2000, por investigadores(as) mexicanos(as) como Zabudovsky, Montesinos, Leyva, Girola, Pérez Cortés, Galindo, Vera, Mier, Murguía y Fernández Christlieb. Finalmente, se ofrece generosamente una cronología del autor y una bibliografía completa de su obra. Como advierte el lector, se trata sin duda de un producto cultural que, siguiendo la jerga de Elias, es el resultado de la interdependencia entre varios individuos, los cuales, en su vinculación recíproca, posibilitaron la emergencia de este compendio para los estudiosos de la sociología.

Como he señalado, la introducción bosqueja cada uno de los artículos contenidos, de tal forma que esta reseña no pretende reproducir tan bien lograda faena. Antes bien, quisiera concentrarme en algunos puntos de convergencia entre los escritos. A riesgo de simplificación e injusticia frente a la riqueza interna y especificidad de cada trabajo, podemos decir que la plétora de escritos se estructura en cuatro grandes líneas de lectura: a) la biografía intelectual del autor, influencias y experiencias que marcaron su trayectoria intelectual; b) su propuesta de cómo hacer sociología; c) su teoría del proceso y su aplicación al proceso civilizatorio y, finalmente, d) su concepción del conocimiento. A continuación, haré un breve señalamiento de cada uno de estos puntos y la selección de aquellos trabajos que los destacan.

Respecto a su biografía intelectual, Vera puntualiza cómo la longevidad del autor (1897-1990) lo lleva a ser testigo de una serie de experiencias que, a la postre, serían centrales para comprender el siglo xx, tales como las dos guerras mundiales, los campos nazis de concentración y exterminio y las revoluciones socialistas (p. 9). Blomert presenta un bosquejo del "itinerario intelectual" que marcó significativamente el decurso del pensamiento de Elias; así, subraya Blomert, cuando Elias se alista como voluntario para la guerra "La experiencia de la Primera Guerra Mundial se convertiría para él [...] en un fin del mundo seguro y protegido de la niñez, en una confrontación directa con la agresión, con

la sangre y la suciedad que no habría ya de borrarse de su memoria y que contribuiría a desarrollar en él una gran sensibilidad en relación con el tema de la violencia” (p. 25).

Galindo considera cómo las influencias intelectuales de Elías son diversas y van desde las ciencias naturales hasta la filosofía y la sociología. Enfatiza la huella que dejara la estadia de Elías en Heidelberg a partir de 1925, donde se encontrará con dos figuras claves del pensamiento sociológico: Alfred Weber y Karl Mannheim (p. 211). Del mismo modo, Blomert señala el ascendiente de Alfred Weber y su “sociología de la cultura” en la obra de Elías, al mismo tiempo que Vera recupera el legado y la superación de Karl Mannheim en la sociología del conocimiento eliasiana. Para este último autor “*El proceso de la civilización* [...] fue, al menos en parte, un estudio de la sociología del conocimiento de inspiración mannheimiana” (p. 241).

Pese a tales canales comunicantes con otros autores, es imposible clasificar a Elías o asociarlo a una tradición específica, coinciden Vera, Käsler, Blomert y Zabłudovsky. De tal suerte que una dificultad y, al mismo tiempo, una riqueza de su obra, consiste en que no tiene cabida en “ningún molde” (p. 18). Incluso, Zabłudovsky lo denomina el “gran solitario” de la sociología. ¿A qué se debe tal característica? ¿Es acaso Elías un pensador imposible de asir para la reflexión sociológica? Estos problemas tienen que ver con el segundo punto en cuestión, a saber, su propuesta de cómo hacer sociología.

Para Fernández, “la sociología se topó con un gran clásico que en el siglo XXI será difícil de eludir” (p. 294). La autora ubica 24 tareas pendientes de la sociología a la luz de la obra de Elías. Del mismo modo, Käsler esboza nueve tesis que le permiten recuperar la propuesta sociológica de Elías y su innovación frente a otras propuestas.

*Grosso modo* podemos decir que Elías rescata la tradición del pensamiento relacional que, para uso de su sociología, subrayará las referencias recíprocas entre los seres humanos. Elías pretende romper con conceptos cerrados o poco flexibles en la sociología, como *individuo* y *sociedad*, para alejarse de, escribe Leyva, “toda herencia sustancialista pues, como el mismo Elías lo señala, en ella se hace uso no de los habituales conceptos de substancia [...] sino más bien de ‘conceptos de actividad’...” (p. 141).

Dos son los conceptos centrales e interdependientes que la sociología de Norbert Elías propone para la investigación sociológica: *figuración* y *proceso*. Para Leyva, Galindo y Korte, tras la contraposición “ficticia” de individuo y sociedad subyace una configuración histórica en la cual la idea del ser moderno se ha filtrado en las estructuras conceptuales de la sociología, una idea que se condensa en la figura de un *homo clausus*. En la tradición filosófica de Occidente, desde el ego cartesiano, pasando por la *mónada* de Leibniz, hasta el ego solipista kantiano, la figura de una “personalidad cerrada”, de un *homo clausus* se traslada hasta el concepto de acción weberiano (de acción no-social) ¿puede una acción ser no social? inquiere Elías.

El concepto de *figuración* significa para él “salir de la trampa heredada de las polarizaciones” de *individuo* y *sociedad*. La “falsedad” de tales dicotomías radica en que son alusiones a un hecho contrafáctico, inobservable, es decir, sin ningún referente empírico; la pregunta fundamental radica en esto: ¿es posible observar una personalidad clausurada en la realidad social? ¿es posible observar una sociedad sin individuos? La imagen del *homo clausus* no es “empíricamente contrastable”, no puede hablarse de personalidades cerradas que “incursionen” en lo social como si se tratara de una instancia independiente de su propia constitución. La *figuración* nos conduce a la *dependencia recíproca entre seres humanos*, a “cadenas de remisión mutua”.

Montesinos, por su parte, destaca al concepto de *figuración* como la clave de bóveda en el pensamiento eliasiano. Al referirse a la orientación recíproca y la dependencia mutua entre los individuos, Elias logra abrir “otras laderas de un quehacer sociológico que posibilitó la convergencia de lo individual y lo colectivo o social, de lo tradicional y lo moderno, entre lo vivencial y lo estrictamente teórico-conceptual” (p. 125).

A su vez, para Elias, la sociología tendrá que atender al carácter procesal de los fenómenos sociales. La necesidad de estudiar procesos de “larga duración” es central si se quiere conservar la herencia clásica de Augusto Comte y Karl Marx, con ánimo de desterrar cualquier “sociología de la situación”, cuya limitada imagen del fenómeno a estudiar nos impide dar cuenta de los cambios y las transformaciones de ciertos fenómenos. En este sentido, para Korte “el principal mérito de Elias consiste en establecer, en su teoría del proceso, una analogía entre las modificaciones a largo plazo de la conducta de los individuos, por una parte, y las modificaciones de la sociedad misma conformada por la multiplicidad de los individuos, por otra” (p. 60). A guisa de ejemplo, Elias logra articular y dar sentido explicativo a la relación entre el uso del tenedor y la formación del Estado moderno.

Elias considera, apunta Zabłudovsky, que los procesos sociológicos y psicológicos están claramente interrelacionados; su “gran libro”, *El proceso de la civilización*, llevará como subtítulo *Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. La importancia de este texto es analizada por Korte, Leyva y Girola. Korte destaca que, para Elias, “civilizatorio” significa “la transformación a largo plazo de las coacciones externas en coacciones internas” (p. 59). Es decir, el proceso civilizatorio hace alusión al fenómeno de autocontrol. Se trata del proceso que va del *control externo* al *autocontrol* de los impulsos y se manifiesta en las transformaciones en los *hábitos*, los *comportamientos* y los *modales* de las personas. *La sociedad cortesana* será otro referente indispensable para entender tal proceso.

Para Elias no existe ninguna sociedad posible sin restricción de los impulsos, aquello que se introduce con el proceso civilizatorio es el cambio en la regulación de impulsos y sensaciones a mecanismos cada vez más automatizados. En este

sentido, Girola identifica a Elias como un “teórico de la sensibilidad”. El aporte de éste a otras propuestas que señalan la conexión entre civilización y represión (Kant, Freud y Weber, entre otros) radica, a juicio de la autora, en “su descubrimiento de la creciente psicologización de las relaciones interpersonales que son un rasgo distintivo de la diferenciación evolutiva de la modernización occidental” (p. 163). En el acto de observarse a sí mismo y observar la conducta de los otros, “Los otros son también percibidos como entidades psíquicas, cuyos afectos y actitudes, respuestas y acciones deben ser interpretados a partir de signos exteriores” (p. 166). “La psicologización creciente desarrolla y modifica la susceptibilidad a los modos en el trato, la mirada, el lenguaje utilizado por cada cual [...] Se produce lo que en términos actuales podríamos considerar una *hermenéutica de la sensibilidad*, que desemboca en la modelación peculiar de la economía afectiva, primero de las clases nobles, después del conjunto de la población” (p. 168). Podemos decir que *El proceso de civilización* responde a la historización del carácter a-histórico de *El malestar en la cultura* de Freud; “el campo de batalla se traslada al interior” dice Elias, mientras para Freud el *superyó* significa la instalación de “la guarnición militar en la ciudad conquistada”. De esta forma, Elias articula tres disciplinas, que habían permanecido perniciosamente escindidas en el análisis de lo social, a saber, psicología, sociología e historia.

Pérez Cortés analiza un “fragmento del proceso de la civilización”, esto es, las leyes de la guerra. Recorre la manera como se han ido transformando las normas y prescripciones, ya sean implícitas o escritas, que se refieren a la regulación de las hostilidades en los conflictos armados. Es decir, el proceso civilizatorio implica una necesidad permanente de justificar y legitimar el uso de la fuerza aunque, no por ello, esgrime el autor, se pueda “contener la atrocidad”. Lo anterior no se debe a que civilizatorio se identifique con mayor humanismo, antes bien “Las leyes de guerra, es decir, las normas culturales para limitar la violencia socialmente organizada, son una poderosa combinación de legislación jurídica, normas morales, preceptos religiosos, reglamentación militar, costumbre y autointerés. Todos estos valores han contribuido a la configuración en que se define el actual rechazo a la violencia y la antipatía por la crueldad” (p. 193).

No es que la violencia se erradique o que exista una tendencia al fin de la violencia; las guerras del siglo xx y principios de nuestro siglo xxi demuestran lo contrario: “lo que ha cambiado en el siglo xx es la conformación de la conciencia”, dice Elias. La indignación que produce la violencia hacia el género femenino, hacia los animales o los niños; la irritación que hoy generan ciertas acciones, son ejemplos del grado de sensibilidad desarrollados por el proceso civilizatorio. Por lo anterior, tiene cabida la afirmación de Galindo quien establece, siguiendo a Parsons y a Luhmann, incluso contra Elias, que no se puede verificar sociológicamente en la personalidad socializada del individuo el proceso de la civilización, sino en los “horizontes de expectativa”: “No es el individuo el que se civiliza,

sino las expectativas de comportamiento cristalizadas en diversos logros evolutivos” (p. 232). No es en el individuo donde hay que buscar la civilización, sino en la operación comunicativa del sistema, que es la sociedad, polemiza Galindo.

Otro elemento de la teoría del proceso y su aplicación al proceso civilizatorio lo constituye el hecho de que, para Elias, el proceso evolutivo civilizatorio no es “rectilíneo”, no obedece a ninguna teleología histórica o proyecto planeado: nadie inventó el proceso civilizatorio; antes bien, se trata de lo más parecido a un *oleaje*, es decir, va en descenso y/o en ascenso, es creciente y/o decreciente. “La civilización de la que hablo no es nunca algo concluido y siempre está amenazada” escribió Elias en *Los alemanes*. Esta teoría, subraya Zabudovsky, “También puede dar pautas para el estudio de una realidad actual que más bien parece estar marcada por procesos descivilizatorios que han caracterizado este siglo como lo son: la violencia a gran escala que dio lugar al holocausto, el incremento de lo que parece ser una creciente sociedad permisiva, las masacres y luchas étnicas, como las ocurridas en Bosnia, etcétera” (p. 104).

Finalmente, encontramos tres ensayos de Vera, Mier y Murguía, respectivamente, donde los autores recuperan y discuten, a partir de las reflexiones de Elias, una serie de problemas que giran en torno al proceso del conocimiento. Murguía nos orienta al señalar cómo la *Teoría del símbolo*, el texto *Sobre el tiempo* y el libro de ensayos *Compromiso y distanciamiento* “constituyen la trilogía en la que Elias desarrolló su sociología del conocimiento, que tiene como objetivo oponer una alternativa a la filosofía del conocimiento tradicional” (p. 278). Para Vera, una de las principales enseñanzas de la teoría de Elias consiste en subrayar que “debería quedar superada la antinomia entre sujeto y objeto del conocimiento, y donde se destaca que el sujeto del conocimiento no son grupos y mucho menos individuos, sino que el conocimiento es un producto colectivo que se debe a generaciones enteras y no tiene principio” (p. 247).

Frente a la constante oposición de las antinomias, Elias, apunta Murguía, “cuestiona en la medida en que crean fronteras entre las disciplinas que impiden reconocer los vínculos entre lo biológico, lo psicológico y lo social, e impiden, por tanto, producir teorías sociológicas adecuadas” (p. 278). En el último texto escrito por Elias, *Teoría del símbolo*, coinciden los autores, podemos encontrar el proyecto de enlazar las mencionadas disciplinas. A juicio de Vera, este texto condensa la tesis de que “El humano es diferente de otros seres vivos por su capacidad de transmitir conocimientos de generación en generación por medio de símbolos...” (p. 249). Mier concluye que “Sin duda, una de las grandes contribuciones de Elias a la reflexión sobre lo simbólico y el lenguaje es el reconocimiento de la precariedad de nuestra comprensión y la inutilidad de la especialización, una gran lección de humildad” (p. 278).

Hasta aquí los autores. No nos queda más que la invitación a este exhaustivo trabajo. Este libro reconoce a un sociólogo que se atrevió a pensar por sí mismo,

ajeno a la ortodoxia académica; el propio Elias señaló cómo con tal actitud “Sin duda uno penetra en un campo minado cuando se interna en estos problemas como un sociólogo marginal, ajeno a las autoridades de cualquier academia” (Elias, 1979). Su herencia permanece abierta y, en este sentido, el “gran solitario de la sociología” se abre a la recuperación de las generaciones, pues, como él mismo concluyó en su discurso al recibir el Premio Adorno de Sociología:

...este premio es para mí un símbolo, el reconocimiento público no sólo de *una persona*, y no sólo de *mi persona*, sino de la posibilidad y la necesidad para otros científicos e investigadores del trabajo independiente y fuera de las autoridades que rigen la academia. El trabajo de la sociología y la historia es una carrera de relevos; uno toma la antorcha de manos de otras generaciones, la lleva sólo un momento de la carrera y se la entrega a otra generación, que sigue corriendo sin voltear al pasado. El trabajo de las otras generaciones no se destruye, sino que es la condición de nuestra propia posibilidad, y de las por venir. [...] No quiero, por eso mismo, convertirme en una autoridad, a la que uno se pega como una lapa. Quiero que mi vida y mi trayectoria le den el coraje suficiente a las generaciones por venir, la conciencia de la continuidad y la fuerza para la imaginación; la disciplina para pensar por sí mismos, y saltar por encima de las otras generaciones pasadas.

## Bibliografía

Elias, Norbert

1979 “La autoridad del pasado. En memoria de Theodor W. Adorno”, trad. José María Pérez Gay, en *Nexos*, núm. 20, agosto.

Merton, Robert

1977 “Las perspectivas de ‘los de adentro’ y ‘los de afuera’”, en *La sociología de la ciencia. 1. Investigaciones teóricas y empíricas*, Alianza, Madrid.